



EDITORIAL

## Animando la esperanza

**E**stamos atravesando una crisis de los fundamentos de nuestra convivencia comunitaria, eclesial, nacional, mundial. Sentimos que nada funciona como es debido. Todo se cuestiona: instituciones, sistemas, autoridades, credos religiosos, ideologías. Se resquebrajan las seguridades del pasado, los pilares de la convivencia. Se busca algo nuevo, distinto, sin saber con claridad qué es lo que buscamos y hacia dónde nos dirigimos. Vivimos en una situación generalizada de crisis que atraviesa las culturas, las religiones y las instituciones que las sustentan.

Es propio de los tiempos de crisis cuestionar los fundamentos, así como la sensación de que algo está muriendo. Pero también... la impresión de un comienzo benéfico. En los momentos de crisis vivimos con intensidad el kairós (oportunidad), donde lo esencial se manifiesta con más clarividencia. Lo accidental empalidece en lo referente a su consistencia y validez. Con avidez se busca el núcleo del problema, capaz de alimentarnos y ayudarnos a superar la crisis. De ahí que también resurja con vigor la esperanza.

En ambiente de demanda en la Iglesia y en la vida religiosa, TESTIMONIO dedica este número a animar la esperanza en tiempos de crisis. También la vida consagrada se encuentra hoy en uno de esos momentos culturales que afectan todos sus ámbitos. Un signo de los tiempos a través del cual Dios nos está hablando y, por tanto, hay que prestarle atención. Lo haremos en la medida en que seamos capaces de alimentar la esperanza.

Cuando en la vida consagrada la esperanza está viva, es capaz de lograr casi lo imposible. Cuando está muy mermada, paraliza las energías por el abatimiento y la pasividad, logrando hacer acto de presen-

*cia en la vida de las personas la pérdida de motivaciones: el enemigo de la esperanza. Entonces... Se diluyen los objetivos, se paralizan los estímulos, no hay metas, no entran ganas de caminar. Y la esperanza es eso: el dinamismo del que camina, la fe en camino, el deseo de avanzar. Sin un porqué, no hay nada que esperar. El perder la esperanza nos deja un poso de amargura en el corazón. También en las comunidades religiosas encontramos enfermos del alma, apagados, sin esperanza, pesimistas, con el alma vestida de negro y caminando por la vida con lentes oscuros.*

*Perdemos la esperanza cuando somos presa del escepticismo, el desencanto o del racionalismo autosuficiente, revestido de equilibrio humano y personalidad madura, con agresividad sutil a todo lo que suene a frescura y sencillez evangélicas; cuando nos revestimos de rigidez, viviendo del sistema y de sus principios, incapaces de diálogo y misericordia con los diferentes; cuando nos convertimos en fortaleza inexpugnable de quienes nunca arriesgaron nada, ni por la utopía ni por el placer, y defienden su "saber estar" con uñas y dientes; cuando nuestro alimento es la queja sorda y constante, mostrándonos nostálgicos del pasado y sus formas inamovibles.*

*En la vida consagrada la esperanza se teje con hilos del deseo y la certeza. Deseos de cosas... pequeños. Deseos de personas... gratificantes. Deseos de valores... grandiosos. La certeza es lo que distingue a la esperanza de los sueños. Una persona de esperanza tiene seguridad de conseguir lo que espera. Se distingue de un vendedor de utopías, un idealista que se esconde ante las dificultades de la realidad.*

*Dios, la razón de nuestra esperanza: nuestra roca y baluarte, nuestro escudo y fuerza, nuestra estrella y talismán. La esperanza... el hálito del Espíritu en nuestro caminar. Mujeres y hombres de esperanza... mujeres y hombres de Dios. La esperanza cristiana brota, se enraíza y se alimenta de dos realidades: la debilidad humana y la fortaleza de Dios; la miseria humana y la misericordia divina; la capacidad humana para sufrir y la generosidad divina para redimir el sufrimiento; la sed del hombre y los veneros de Dios; el poder creador del hombre y la animación de Dios; la libertad del hombre y el respeto de Dios. "Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera". Ni podrán detener el viento del Espíritu ni la fuerza de la vida.*

*Quien espera es como un niño confiado; se fía de las palabras y las promesas. Sabe leer e interpretar los signos. Conoce los sufrimientos del mundo y el poder de las tinieblas, pero también las fuerzas de vida que hay en el corazón humano, el fuego del Espíritu. La esperanza encierra una fuerza misteriosa, un soplo creador, un aliento espiritual, un afán*

*superador que nos lleva a mirarlo todo con fe y optimismo. Es gozosa, por el bien que se espera y la ilusión con que se espera.*

*Nuestra misión hoy... Vivir la esperanza y contagiar esperanza. Devolver la esperanza a quienes la han perdido, llenar de esperanza y ganas de vivir a los niños y jóvenes, a los adultos y ancianos. Ser centinelas de la esperanza, reorganizar la esperanza, alimentar la utopía, aquello que en la esperanza creemos como realidad, para no caer en los precipicios de moda: la falsa seguridad del fundamentalismo religioso, el dogmatismo o la simple apatía. Estamos llamados a situarnos ante la realidad de nuestro mundo, especialmente en los límites donde el sufrimiento y la esperanza dan lugar a la creatividad, para alimentar una mirada contemplativa y una visión intuitiva del Espíritu que está entre nosotros.*

